

EL PUEBLO CHONO: DE VAGABUNDO Y PAGANO ALZADO A CRISTIANO Y SEDENTARIO AMESTIZADO

Rodolfo Urbina Burgos
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

1. LAS ISLAS GUAITECAS, UN MUNDO DESIERTO

Entre los pueblos precolombinos de Chile el gentilicio chono despierta una extraña curiosidad, curiosidad entendible porque de esta etnia parece que no quedara rastro alguno. ¿Se extinguieron o se amestizaron?

En los archipiélagos de las Guaitecas y Chonos, situados al sur de Chiloé y al oeste de la legendaria Trapananda, hoy región de Aysén, donde tenían su hábitat estos canoeros hasta el siglo XVIII, no hallamos sino mudos vestigios de su cultura en las cuevas donde depositaban sus muertos, en los conchales de sus ocasionales lugares de residencia y en la ininteligible toponimia de su geografía de este «pueblo misterioso», como le llama Subercaseaux.

Hubo otros pueblos o parcialidades fronterizas de Chiloé cuyos nombres se han olvidado, como los indios de Purailla, los coronados y los supuestos rabudos, todos situados alguna vez en el continente inmediato. De ellos no queda aparentemente nada, mientras otros son apenas perceptibles como los *payos*, que otrora fueron claramente identificables en el sureste de la Isla Grande de Chiloé, y que hoy, muy amestizados, comparten la cultura general de los chilotes.

Pero el gentilicio chono suena distinto y sugiere mucho más. Nadie queda indiferente, quizá porque en el pasado sus islas marcaron la frontera entre la cultura mapuche y la de los pueblos australes, cuyo *limes*, que da comienzo en el Golfo de Corcovado a una geografía sorprendente, nutrió el imaginario de los siglos coloniales.

Los chonos ya no están en sus laberintos insulares. Cuando Charles Darwin recorrió el territorio en los años treinta del siglo XIX sólo vio islas desiertas «porque en esta parte del país —dice— se ha extinguido la raza gracias al cuidado que tuvieron los católicos en transformar al mismo tiempo a los indios en católicos y en esclavos»¹. ¿No había chonos o no los vio? El imaginario sobre los espacios brumosos del sur sigue planteándonos preguntas relativas a este original pueblo errante, desconfiado, silencioso y oculto a la mirada civilizada. Últimamente se ha sugerido que sobrevivientes de esta etnia podrían hallarse en el interior de la aún desconocida Península de Taitao. ¿Es una necesidad de convencerse de que este

1 José Mansilla D., *Charles Darwin en Chiloé y Aysén*, Calbuco: Ediciones Caicaen, Puerto Montt: Imprenta Austral, Puerto Montt, 2005, p. 199.

pueblo vagabundo no ha desaparecido? Cuando Benjamín Subercaseaux recorrió Taitao en 1946 no vio indios, pero sí, huellas de pies desnudos sobre la arena gruesa, y un excremento humano fresco. ¿Todavía vivían chonos allí? El lo cree así, porque la comitiva sintió que en la noche eran vigilados desde la espesura y tuvo la sensación de que allí había «una presencia humana oculta»².

Motivados por esta inquietud y por la denuncia de Darwin de haber sido estos indios convertidos en católicos esclavos, hemos querido hacer una síntesis de la vida chona desde que los españoles se establecieron en Chiloé, el confín del Imperio, tema que nos llamó la atención, aunque adjetivamente, mientras hacíamos nuestro doctorado en la Universidad de Sevilla bajo la dirección de Luis Navarro García, hace ya muchos años, y a quien dedicamos este breve ensayo.

2. LAS PRIMERAS RELACIONES ENTRE ESPAÑOLES Y CHONOS: 1567-1610

Entre los pueblos precolombinos de Chile el gentilicio chono despierta una extraña curiosidad, curiosidad atendible porque de esta etnia parece que no quedara rastro alguno. ¿Se extinguieron o se amestizaron?

En los archipiélagos de las Guaitecas y Chonos, situados al sur de Chiloé y al oeste de la legendaria Trapananda, hoy región de Aysén, donde tenían su hábitat estos canoeros hasta el siglo XVIII, no hayamos sino mudos testimonios de la cultura de este «pueblo misterioso», como lo llama Benjamín Subercaseaux, en las cuevas donde depositaban sus muertos, en los conchales de sus ocasionales lugares de residencia y en la ininteligible toponimia de su geografía

Hubo otros pueblos o parcialidades fronterizas de Chiloé cuyos nombres se han olvidado, como los indios de Purailla, los coronados y los supuestos rabudos, todos situados alguna vez en el continente inmediato. De ellos no queda aparentemente nada, mientras otros son apenas perceptibles como los payos, que otrora fueron identificables y asociados al sureste de la Isla Grande de Chiloé. De estos se pueden reconocer sus descendientes amestizados al sur de Chonchi, que hoy comparten la cultura general de los chilotes.

Pero el gentilicio chono suena distinto. Nadie queda indiferente, quizá porque en el pasado marcó la frontera entre la cultura mapuche y los pueblos australes, cuyo *limes*, que da comienzo a una geografía sorprendente, situado en el Golfo de Corcovado, nutrió el imaginario de los siglos coloniales.

Los chonos ya no están en sus laberintos insulares. Cuando Charles Darwin recorrió el territorio en los años treinta del siglo XIX sólo vio islas desiertas. Pero últimamente se ha propuesto la hipótesis que sobrevivientes de esta etnia podrían hallarse en el interior de la aún desconocida Península de Taitao. ¿Es una necesidad de convencerse de que este pueblo vagabundo no ha desaparecido? Cuando Subercaseaux recorrió Taitao en 1946 no vio indios, pero sí, huellas de pies desnudos sobre la arena gruesa, y un excremento humano fresco.

2 Benjamín Subercaseaux, *Tierra de Océano*, Santiago de Chile: Imprenta Ercilla, 1965, p. 118, nota 1.

¿Todavía vivían chonos allí? Sintió que en la noche eran vigilados desde la espesura y tuvo la sensación de que allí había «una presencia humana oculta»³.

Motivados por esta inquietud, hemos querido hacer una síntesis de la vida chona desde que los españoles se asentaron en Chiloé, el confín el Imperio por el meridión, tema que nos llamó la atención, aunque adjetivamente, mientras hacíamos nuestro doctorado en la Universidad de Sevilla bajo la dirección de Luis Navarro García, hace ya muchos años, y a quien dedicamos este breve ensayo.

Desde 1567, año en que los españoles sentaron reales en Chiloé, y hasta fines del siglo XVI, los vecinos de la recién fundada ciudad de Santiago de Castro ocuparon buena parte de su tiempo en reconocer el territorio, calcular la población india y delimitar las fronteras de esta postrera provincia bautizada Nueva Galicia. En este período se estaba organizando lo conquistado, valorando sus recursos, estudiando los espacios habitables del archipiélago y las barreras geográficas que ponían freno a la expansión, como el Golfo de Corcovado y la Boca del Huafo, que separaba a los indios sedentarios y laboralmente aptos del archipiélago de Chiloé, respecto de los nómades chonos de más al sur. El espacio de asentamiento español se hizo coincidir con el hábitat de los *veliches*, como se llamaban en Chiloé a los huilliches, y de los *payos*, éstos últimos situados al oeste de la Isla Grande, en los comienzos del referido Golfo de Corcovado. El centro administrativo pasó a ser la ciudad de Castro, que se erigió en la costa oriental de la Isla Grande, en el área más poblada de indios, comedio geográfico de la Provincia, y el último establecimiento urbano del Nuevo Mundo hacia el meridión. Se conocieron también algunas barreras naturales interiores, como era toda la «costa de los payos», de difícil tránsito, y en particular la raya o bajío de Chaiguao, obstáculos que imponían condiciones a la navegación para acceder al extremo sureste de la isla principal. Todos los indios *veliches* y *payos*—unos 50.000 de todas las edades y de ambos sexos— fueron repartidos en encomienda a los conquistadores y primeros pobladores, lo que, junto a las mercedes de tierras, constituían el ya tradicional sistema de premios y recompensas que aseguraba el asentamiento español en Indias.

En cuanto a la población chona—situada en la frontera meridional, conocida desde el viaje de Francisco de Ulloa, en 1553—, fue igualmente encomendada. Por Juan Contreras sabemos que estos naturales⁴, llamados también *guaitecos*—por habitar el archipiélago que se extiende entre el Golfo de Corcovado y la Península de Taitao— fueron concedidos a Luis Vásquez, luego a Tomás Obres en 1582, después a Joanes de Marquina y finalmente a Alonso de Saavedra en 1586, a quien sucedió su hijo. Pero tales encomenderos lo fueron sólo de nombre, por las dificultades de acceso a aquellas islas. La historiografía se refiere también a las *malocas* de que fueron objeto los chonos a fines del siglo XVI con el propósito de trasladarlos a Chiloé y reembarcarlos a Chile, aunque sobre este punto falta mucho por conocer. Sabemos sí que las corredurías españolas con fines esclavistas sobre las fronteras de

3 Benjamín Subercaseaux, *Tierra de Océano*, Santiago de Chile: Imprenta Ercilla, 1965, p. 118, nota 1.

4 Juan, Eugenio Flores Contreras, Inés Herrera, Leonardo Mazzei, Arístides Rivera y Rodia Romero, *Población y economía de Chiloé durante la Colonia: 1567-1826. Un ensayo de interpretación*, Concepción: Instituto Central de Historia, Universidad de Concepción, 1971, p. 37, nota 31.

Castro fueron la nota común a comienzos del siglo XVII, a pesar de no existir justificación legal para tales prácticas. Los españoles acostumbraban a golpear sobre los bordes de las provincias conquistadas con el propósito de ablandar o atemorizar a las «naciones» confinantes y luego reducirlas. Era corriente ver, pues, a españoles de fines del siglo XVI y comienzos del siguiente, organizarse en grupos o cuadrillas de hombres armados y cierto número de indios auxiliares con el fin de coger gentiles rebeldes en todas las comarcas sureñas de Chile y particularmente en la frontera continental norte de Chiloé a principios del XVII, en un estilo parecido al de las *bandas* que tanta importancia tuvieron en la Antillas durante los primeros años del siglo XVI. Las *entradas* al sur, hacia las islas Guaitecas –antes de 1612–, eran organizadas por los vecinos, quienes no pudiendo colonizar esas islas, sí procuraron disponer de la mano de obra trasladándola a Chiloé.

Sabemos también que se intensificaron las *campeadas* sobre los márgenes de la Provincia después de la rebelión india de 1598-1604, suceso que significó a pérdida de las «siete ciudades de arriba». Desde entonces, y en especial desde 1608 en que se decretó la esclavitud de los indios de guerra, las *malocas* acentuaron su carácter esclavista contra los huilliches de las despobladas ciudades de Valdivia y Osorno, y los nahuelhuapis de la otra banda de la Cordillera de los Andes, todos considerados «alzados», «rebelados» y «enemigos de la fe», y susceptibles, por lo tanto, de ser reducidos a esclavitud, aún cuando la citada Cédula no comprendía a los indios fronterizos de Chiloé. Por esos años comenzaba a escasear la mano de obra en Chile Central y las *razzias* españolas a la tierra firme del norte y noreste y a las islas Guaitecas en el sur, fueron toleradas y aún incentivadas por el gobierno central⁵.

No era empresa fácil maloquear a los chonos, pues había que arriesgarse a cruzar el Golfo de Corcovado en las débiles embarcaciones llamadas piraguas por los hispanos y *dalcas* por los indígenas. Una vez en las Guaitecas tampoco se aseguraba la captura de unos indios que eran tan movedizos como conocedores de aquel rompecabezas insular. Además eran pocos, lo que no hacía rentable la empresa. Pero igualmente se maloqueaba.

Sin embargo, cuando en 1612 los jesuitas de Castro pasaron por primera vez al archipiélago de Guaitecas en plan de conquista espiritual, afirmaban que «hasta hoy no sólo no ha entrado sacerdote, pero ni aún español»⁶. Un informe del siglo XVII que hace un recuento de los primeros contactos con los chonos, se refiere a estos como «la gente más apartada del comercio de los españoles», por estar situados a «60 leguas al Estrecho de Magallanes». Añade el informe que vivían separados de los españoles «por haber entre medias

⁵ Véase a Rodolfo Urbina Burgos, *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813. Política estatal y criterios locales sobre el servicio personal de veliches y payos*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, Serie Monografías Históricas n° 16, 204, pp. 52-59.

⁶ Melchor Venegas, 1614, «Cartas Anuas de las Provincias del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús: 1609-1614», *Documentos de la historia argentina* (en adelante *DHA*), T. XX, Talleres S.A., Casa Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, 1927, p. 214. Véase también a Daniel Quiroz y Juan C. Olivares, «Nómades canoeros de la Patagonia Occidental insular septentrional: el mundo de don Pedro del Agua», Silva Osvaldo, Eduardo Medina y Eduardo Téllez (editores), *Encuentro de Etnohistoriadores*, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos, n° 1, Santiago de Chile: Universidad de Chile, Departamento de Ciencias Históricas, 1985, pp. 10-52.

un golfo tan grande y ser aquel mar tan bravo que nunca se alargaban allá los de Chiloé ni los comunicaban, ni su comunicación era de importancia por ser gente tan bárbara»⁷.

Por lo tanto, el tema de las *entradas* españolas a las Guaitecas antes de 1612 no es tan claro como se supone, pero esto no quiere decir que no haya habido exploraciones, que sí las hubo, sobre todo porque se quería saber acerca de los naturales que las poblaban. Diego Mazo de Alderete, corregidor de Castro hizo una *entrada* poco después de la fundación de la ciudad y halló «más de mil quinientas islas» pobladas por más de 200.000 indios, según creyó Vásquez de Acuña, Isidoro, «Evolución de la población en Chiloé (siglos XVI al XX)», en: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 102, Santiago de Chile, 1992⁸.

Desde principios del siglo XVII se despeja algo más el asunto, aunque no del todo. Parece que los primeros contactos pacíficos fueron por iniciativa chona. Por un informe sobre el misionero jesuita Juan del Pozo sabemos que después de 1612, estos indios, y entre ellos los de Quilán, acostumbraban a navegar a Chiloé con el fin de conchabar con los españoles o para vivir entre cristianos, pero que por «la insaciable codicia de los españoles por tener gente que les sirva, los repartieron de unos vecinos en otros y los obligaron al trabajo de sus sementeras y tablazón». Del conchabo de efectos se pasó al de personas. Los chonos comenzaron a vender su propia gente a los españoles. ¿Eran estos los chonos que los españoles de Chiloé solían remitir después a Chile?

Apenas disponemos de unos cuantos documentos sobre embarques que aluden a estos desarraigos forzosos. Las fuentes se refieren a «grandes partidas» de *piezas* gentiles, tráfico que resultaba lucrativo para los vecinos de Castro porque los traslados incluían también indios de encomienda –*veliches y payos*– bajo el pueril concepto de no haber en Chiloé curas ni misioneros suficientes para su conversión⁹.

Contamos con testimonios desde los años ochenta del siglo XVI hasta principios del XVII acerca de barcos cargados con 400 y 500 indios remitidos a Chile, pero es imposible saber cuántos de ellos eran chonos desnaturalizados, porque siendo un comercio ilícito, no quedaron registros. Ocasionales alusiones a este tráfico culpan a los mismos chonos, como una denuncia que en 1621 se levanta contra el cacique Diego, hijo de Francisco Delco, quien «ha tomado tanta mano que anda vendiendo públicamente... los chonos, sus sujetos, y entra a maloquear a los de oras encomiendas para el mismo objeto, con notable agravio y manifiesta injusticia de dichos indios... y todos los navíos que salen de la provincia y los

7 «Vida del celosísimo apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé», *s/f*, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, Manuscritos Medina, T. 307 (en adelante BN, MM). También en Valdés Bunster, Gustavo (Introducción, Transcripción y Notas), *Seis misioneros en la frontera mapuche (Del Libro IV de la Conquista Espiritual del Reino de Chile)*, de Diego de Rosales, Vol. I, Temuco: Centro Ecuménico Diego de Medellín, Ediciones Universidad de la Frontera, Serie Quinto Centenario, 1991, pp. 115-190.

8 Isidoro Vásquez de Acuña, «Evolución de la población en Chiloé (siglos XVI al XX)», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 102, Santiago de Chile, 1992.

9 Hasta 1608 no había en Chiloé más que un cura secular y dos o tres frailes franciscanos, todos con residencia en Castro, número efectivamente insuficiente para la conversión de los naturales. Véase Urbina Burgos, Rodolfo, *Población indígena*, *Op. cit.*, pp. 54-56. Pero la escasez de sacerdotes era sólo un pretexto para los fines económicos de los encomenderos. Véase también a Contreras, Juan et al., *Op. cit.* Los traslados eran corrientes en todo el reino, como lo ha estudiado Álvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971.

más de ellos van cargados de chonos, allá los venden como esclavos»¹⁰. Sabemos también de este tráfico ilícito por naufragios de barcos esclavistas, que permiten conocer el número de naturales que perecían ahogados. En estos casos las fuentes les denominan genéricamente «indios de Chiloé» o simplemente veliches, sin que podamos individualizar a los chonos.

Ignoramos cuántos de estos naturales de las Guaitecas se quedaron forzosa o voluntariamente en Chiloé. Datos sueltos nos permiten conocer que los que había estaban unos en la condición de esclavos y otros incorporados a las encomiendas en diversos parajes del Archipiélago. Se sabe también que sufrían inadaptación, y que eran casi del todo inútiles para los trabajos agrícolas y corte de madera. Muchos morían a causa del desarraigo y cambios en la dieta, de lo que hay algunas referencias a principios del siglo XVII. El jesuita Jerónimo de Pietas observó lo mismo a comienzos del XVIII, cuando afirma que «viven pocos años los que comen nuestras comidas»¹¹. Si esto sucedía en Chiloé, a pocas leguas de sus islas, es de suponer la suerte corrida por los chonos trasladados a Chile Central y Norte Chico.

3. PERÍODO DE PRE-EVANGELIZACIÓN: 1610-1630

Los primeros intentos de evangelizar los chonos en sus islas se iniciaron con los jesuitas pocos años después de que la Compañía fijara residencia en Castro. Los mismos religiosos dicen que acordaron iniciar por el año 1610 «una nueva empresa», esta vez, a las Guaitecas. La decisión obedeció al gran estímulo que sentían por los frutos que estaban consiguiendo con los indios *veliches* y quisieron extender la misión a las islas del sur en respuesta al llamado que les hizo el cacique principal de los chonos, que vivía en la más grande de las Islas Guaitecas. Los jesuitas, refiriéndose al cacique Francisco Delco, que visitaba frecuentemente Chiloé, dicen: «a éste tienen ya ganados los padres y gusta que su hijo se bautice». Agregan que el citado cacique «viene todos los años... a la Isla Grande de Chiloé donde ha hablado algunas veces a los padres», ofreciéndose para conducirlos a sus islas «porque gusta mucho que en sus tierras se predique el Evangelio»¹². Hacia allá navegaron los religiosos en 1612. La forma como se preparó la empresa misional a las Guaitecas tuvo todos los visos de estarse inaugurando una «entrada» inédita. La navegación se hizo en piraguas, corriendo riesgos extremos –dicen los religiosos– para evitar los «travesías» –que así llaman a los vientos del oeste–, y sortear los grandes golfos. Los primeros padres que navegaron a esas islas el citado año cruzaron de oeste a este el Mar Interior de Chiloé hasta alcanzar la tierra firme, luego siguieron la ruta de la Cordillera caminando por la sinuosa costa a lo largo de 24 leguas, y desde allí cruzaron en piraguas de este a oeste por el sur del Golfo de Corcovado hasta llegar a los chonos¹³.

10 Contreras, Juan et al. *Op. Cit.*, p. 39, nota 49.

11 Pietas, Jerónimo, «Noticias sobre las costumbres de lo araucanos», Claudio Gay, *Historia Física y Política de Chile*, Documentos, Vol. I, París, 1846, pp. 486-512. Véase también a Horacio Zapater, *Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1973, p. 91.

12 Juan Bautista Ferrufino, 1611, *DHA*, p. 214.

13 *Vida del celosísimo y apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé*, s/f. BN, MM, T. 307.

Después de las ligeras notas tomadas por los navegantes del siglo XVI¹⁴, fueron los misioneros los que hicieron las primeras observaciones sobre estos naturales y, aunque sus juicios no siempre son acertados, constituyen los únicos testimonios directos que disponemos de los primeros contactos, cuyo contenido se halla en las *cartas anuas* que sirvieron de base al ya distante y pionero trabajo de John Cooper¹⁵. Se constató que la población chona no podía ser numerosa por la esterilidad de las islas Guaitecas y el archipiélago de los Chonos. Ulloa no vio gente en 1553, y era muy poco probable que la viera porque los chonos no frecuentaban el mar abierto. Parecía un mundo desolado y silencioso, excepto las poderosas expresiones de la naturaleza. En la bahía que llamó Grande no vio seres vivientes, tampoco en la isla San Martín. En el archipiélago Nuestra Señora de la O, en cambio, vio «unos ranchos pequeños» que supuso de «gente pobre», lo mismo que en el puerto de Santiesteban (isla Huafo) donde había una cueva que calificó de «infernál» y a su alrededor, ranchos y rastros de perros¹⁶. Por indicios como estos y a pesar de no haber visto ser humano, Ulloa creyó que esas islas eran «muy pobladas, porque vimos muchos humos y caminamos y hallamos mucho rastro de gente». Sólo en el puerto de San Andrés (tal vez a la entrada del Golfo de Penas) vio unos indios que recibieron a los extraños con «un torbellino de piedras», dice Subercaseaux. Parece que eran naturales *caucabues*.

Más tarde se comprobaría que las Guaitecas estaban débilmente pobladas. Los primeros informes dan cuenta que los religiosos lograron juntar 120 personas en toda el área y el padre Mateo Esteban acota que «no hay más habitantes que éstos en aquellas interminables islas, si se exceptúan, tal vez, unos pocos que, como se dice, se han escondido, aunque yo les había llamado, los cuales serán 50 entre grandes y chicos»¹⁷. Referencias posteriores confirman la escasa población chona y, aunque no podemos entregar datos exactos, parece probable que apenas superarían las 200 familias en todo el espacio situado desde el Archipiélago de Guaitecas hasta la Península de Taitao.

El contenido de las cartas jesuitas abunda en referencias acerca de las características somáticas y culturales de este pueblo. Las anuas de los primeros años del XVII son documentos conocidos por historiadores y antropólogos, de modo que sólo nos limitaremos a indicar lo más preciso sobre el modo de vida de estos canoeros errantes. El pelo lo tenían rojizo. El

14 El primero que visitó esas islas, aunque de paso, fue Francisco de Ulloa, en cuya expedición iba como piloto Francisco Cortés Ojea. Ulloa reconoció algunos puntos y los bautizó como la isla San Martín, el archipiélago Nuestra Señora de la O, Bahía Grande y otros sitios, todos en el litoral oeste, de cara al mar abierto.

15 John Cooper, «The chono», en Julián Steward, ed., *Handbook of south american indians*, Washington, 1946, Vol. I., «The Marginal Tribes». Hay una versión en castellano con el título «Los chonos», publicada en *Chiloé*, 9 (Revista de Divulgación del Centro Chilote, Concepción, 1988), pp. 19-28 (traducción de Christian Díaz Caballero). Véase también Johan Reinhard, «The chonos of the chilean archipiélago», *Bulletin of the Internacional Comité on urgent anthropology and ethnology research* 23 (Viena, 1981), pp. 89-98; Samitier Lleras, «El grupo chono o waiteca y los demás pueblos fuego-patagonia», *Runa*, Vol. X, Buenos Aires, 1960-1965 (1° y 2° parte), pp. 123-194; y Horacio Zapater, *Etno-historia del pueblo chilote*, Santiago de Chile: Bafona, Mineduc, 1982.

16 Luis Navarro García, *Francisco de Ulloa (explorador de California y Chile austral)*, Badajoz: Departamento de Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Badajoz, 1994, p. 164. Sobre los perros, Navarro García duda que lo fueran, pero Benjamín Subercaseaux dice que eran efectivamente perros «blancos, lanudos, de carácter retraído y no ladraban». Benjamín Subercaseaux, *Op. cit.*, p. 55.

17 Mateo Esteban, 1614, *DHA*, *Op. cit.*, p. 112.

padre Ferrufino los describe como gente de «cabello rubio» muy abundante y enmarañado, y el color del rostro «trigueño» algo aceitinado, siendo, según algunos, los más hermosos indios del mar», contraste muy notorio con sus vecinos *huillis* del área meridional de la Península de Taitao y Golfo de Penas que, según Ferrufino, «tienen las carnes negras» y «el cabello gordo como cerdas». La negritud de los *huillis* la supone a causa de «las continuas injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que marisco crudo»¹⁸. Y más primitivos y apenas vestidos o incluso desnudos, como los *caucabues* que vio Ulloa en el Golfo de Penas, que «traían sus vergüenzas de fuera», según vieron viajeros posteriores¹⁹. Los chonos de las Guaitecas, en cambio, usaban taparrabos de «hojas tiesas que venían del mar», es decir, algas. Pero también solían andar vestidos con ropa de lana «que se parece mucho a nuestras esclavinas y son ásperas», dicen los misioneros. Más común era verlos con un atuendo reducido a un corto tapado o especie de breve manta que usaban tanto los jóvenes como los adultos, tan pequeña, que «calentada una parte del cuerpo, tapan la otra para el mismo efecto»²⁰. Esta manta la llevaban atada al cuello con una correa delgada. La lana la trasquilaban de unos «perros grandes lanudos», pero esto lo hacían sólo los de la isla Guaiteca y no los demás, o se cubrían con plumas de *quentu*, como señala el padre Segismundo Guell en 1769, plumas que aprovechaban también para hacer sus *colmanes*, especie de colchón o más bien esterilla para poner sobre el suelo. La manta pequeña no era suficiente para considerarlos vestidos²¹. Por eso algunos observadores del siglo XVI los describen como gente desnuda que apenas tapaban sus vergüenzas con cortezas, como los describe Cortés Ojea en 1553.

Sus ranchos o toldos, muy precarios, eran portátiles, hechos de varillas entrecruzadas, ramas y pieles de lobo marino, morada común en todos los naturales canoeros australes. La superficie de estas cabañas era tan reducida «que adentro hay que ponerse de rodillas para no tocar arriba y su longitud apenas es la de un cuerpo tendido»²². Pero, la mayor parte del tiempo vivían en sus piraguas o *dalcas* de tres tablas, que en realidad eran chozas flotantes. Su alimento lo obtenían exclusivamente del mar, pues no practicaban la agricultura, aunque en ciertas islas de las Guaitecas se conocieron vestigios de haber sido cultivada la papa y el maíz, según creyó ver Cortés Ojea en la expedición de Francisco de Ulloa, en 1553²³. Para

18 Juan Bautista Ferrufino, 1611, *DHA, Op. cit.*, p. 112. Sobre las características físicas de los chonos y otros aspectos, véase Renato Cárdenas, Dante Montiel y Catherine May, *Los chono y los veliche de Chiloé*, Santiago: Ediciones Olimpo, 1991, p. 110. Otras informaciones etnográficas en Daniel Quiroz y Juan C. Olivares, *Op. cit.*

19 Benjamín Subercaseaux, *Op. cit.*, p. 66.

20 Mateo Esteban, 1614, *DHA, Op. cit.*, p. 381.

21 Segismundo Guell, «Noticia breve y moderna del Archipiélago de Chiloé, de su terreno, costumbres de sus indios, misiones, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769 y 70», en Walter Hanisch S.J., *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Santiago de Chile: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1982, Apéndice Documental, Documento III, p. 267.

22 Mateo Esteban, 1614, *DHA, Op. cit.*, p. 382. El naufrago inglés John Byron describe con más detalles estos ranchillos que vio entre los indios de Guayaneco cuando vivió entre ellos en 1741-1742. Véase John Byron, *El naufragio de la fragata Wager*, Santiago de Chile: Editorial Zig-zag, 1955. La versión inglesa lleva el título *The narrative of honourable John containing an account of the great distresses suffered by himself and his companions of the coast of Patagonia, from the year 1740 till their arrival in England, 1746*, editada en Londres, 1768.

23 Luis Navarro García, *Op. cit.*, p. 162. Darwin vio papas en su visita de 1836. Eran tubérculos silvestres, pequeños, algunos de forma oval, con el mismo sabor que las papas inglesas, aunque el cocerlas encogen y toman un gusto acuoso

la pesca usaban anzuelos de madera –pero Cooper lo pone en duda– y de hueso. Sus redes las hacían de corteza de árbol, las mismas cortezas que servían para hacer recipientes y aún cobertores. Se les describe como hábiles buceadores, especialmente las mujeres, que pasaban buena parte del día en las heladas aguas, como peces, «no haciendo caso ni del frío ni del calor, o si se encuentran bien o mal de salud, si están encinta o si recién dieron a la luz». El hombre cumplía otras funciones. Mientras la mujer buceaba, el varón –dice el jesuita Mateo Esteban– «está sentado en su casa atizando el fuego o está haciendo leña»²⁴. Comparados con los indios de Chiloé, los chonos de la Guaitecas eran muy pobres y bárbaros. Son «tan miserables –dice un jesuita del siglo XVII– que no tienen sementeras, tan desprovistos que no tienen más sustento que el marisco... que por regalo comen carne de ballena y beben su aceite». El lobo marino, que era la caza más apetecida, constituía «su ordinario sustento y su mayor regalo»²⁵, porque les aportaba las calorías necesarias. Fray Pedro González de Agüeros dice que por consumir esta carne eran hediondos a más no poder.

Para que los padres pudieran reunir a más de 100 chonos –que por naturaleza preferían vivir con sus familias, apartados unos de otros– debe haber sido posible sólo por la gran curiosidad que despertó en ellos la presencia de extraños en sus islas. En general, los canoeros australes eran descritos como «brancos» y «groseros», pero los chonos se mostraron ante los padres como «humildes y mansos». Aunque los informes no lo dicen, es fácil suponer que los religiosos se acompañaron de *veliches* chilotos, pues desde temprano fueron sus insustituibles compañeros de correrías evangelizadoras, irremplazables pilotos y agentes de cristianización entre los gentiles. Con todo, la tarea debió ser ardua, no sólo para subsistir en aquellas soledades, sino para comunicar la fe a gentiles tan apartados del trato y comunicación y de lengua distinta y gutural, incomprensible aún para los veliches, sus vecinos del norte²⁶.

Sin embargo, y aunque parezca increíble, el padre Esteban compuso un apresurado Catecismo como medio de difundir la doctrina cristiana. Él mismo quedó sorprendido de lo que pudo hacer «por la Gracia de Nuestro Señor, que me quiso consolar». Dice el jesuita: «intenté hacer un Catecismo en su lengua chona que es muy diferente y más dificultosa en la pronunciación que ésta general –la de Chile–, y la acabé en día y medio, traduciendo las tres oraciones y mandamientos y acto de contricción, y además de ésto todo el Catecismo con preguntas y respuestas, lo que considerando después diversas veces he atribuido a particular merced y favor de Nuestro Señor, porque no parecía sino que el indio me penetraba el pensamiento y lo que quería yo preguntar, y antes que yo acabase ni me supiese explicar, él me lo decía...»²⁷. Asimismo los padres hicieron construir cuatro ranchillos a modo de capillas

e insípido, pero no amargo. Se encuentran, dice Darwin, hasta los 50° de latitud sur y los canoeros la llaman «aquinas». José Mansilla D., *Op. cit.*, p. 201.

²⁴ Mateo Esteban, 1614, *DHA*, *Op. cit.*, p. 381.

²⁵ *Vida del celosísimo y apostólico padre Juan del Pozo, fundador de la misión de Chiloé*, s/f, BN, MM, T. 307.

²⁶ Sobre la lengua chona, véase Alessandro Bausani, «Nuovi materiali sulla lingua chono», en *Atti del XL Congresso Internazionale degli americanista*, Vol. II, Roma-Génova, 1975, pp. 107-116. También Benigno Ferrario, «El idioma de los chonos y de los caucahués», *Phycis* 48 (Revista de la Facultad de Ciencias Naturales, Tomo XVI, Buenos Aires, 1939).

²⁷ Mateo Esteban, 1614, *DHA*, *Op. cit.*, p. 111. Véase también Mateo Esteban, «Doctrina cristiana... arte y vocabulario y algunas pláticas de los principales misterios», manuscrito en lengua chona, 1612-1613, citado por Pedro Lozano,

en las cuatro principales y más cómodas islas con la esperanza de que se hiciera costumbre entre los indios congregarse en ellas para aprender el Catecismo²⁸. Por un informe jesuita del siglo XVII sabemos que allí mismo se dio comienzo a la preparación de algunos chonos para que hicieran las veces de *fiscales* a la manera de Chiloé y ayudar a mantener a los neófitos en la fe cristiana. Uno de estos indios fue llevado a Castro para ser instruido en la doctrina y para que quedase en la condición de enseñar a los demás en ausencia de los padres.

Parecían bien dispuestos, pero varias circunstancias actuaron en contra de los objetivos misionales. La imposibilidad de los religiosos de permanecer en aquellas estériles islas azotadas por huracanados vientos, la falta de mantenimientos, la escasez de operarios en la sede de Castro, ocupados todos en atender en primer lugar a la feligresía *veliche* y *payo* de las islas y pueblos de Chiloé, impidieron la regularidad de la atención espiritual a las «nuevas plantas». Por otra parte, luego de la curiosidad inicial, los chonos no mostraron mayor interés en la doctrina ni por los padres, a quienes miraban con el mismo recelo que a los españoles que ya frecuentaban las islas. Los traslados forzosos estaban en plena vigencia cuando hacia 1630 los esfuerzos misionales se habían debilitado. En realidad, entre 1615 y 1630 las entradas misionales a las Guaitecas fueron ocasionales y distanciadas, como los viajes de Fray Pedro de Torrellas, Fray Juan López Ruíz, Fray Domingo de Lázaro, en fin, las visitas de los jesuitas Mateo Esteban en 1717, Agustín Villaza y Gaspar Hernández en 1623, y los padres Venegas y del Pozo en 1629-1630. En la segunda mitad del siglo ya no se hablaba de fines misionales. Sólo el padre Nicolás Mascardi llegó a los chonos, en 1662, pero buscando los fantásticos Césares, que seguirá buscando después en la Trapananda desde su misión de Nahuelhuapi.

Los desarraigos forzosos, la encomienda y los excesos de los españoles de Castro explican el cambio de actitud de los naturales. Después de 1630, los chonos mataron a su gobernadorcillo que había sido designado por los misioneros y destruyeron los ranchos-capillas. Los padres se resignaron a que una misión estable no era posible en tan apartados parajes para asistir a los ahora broncos indios, y comenzaron a elaborar proyectos para trasladar a los chonos a las islas deshabitadas de Chiloé, donde pudieran ser mejor asistidos. Sin embargo, aunque esto último no se concretó durante el siglo XVII, la idea de una misión para ellos en alguna isla chilota se mantuvo latente.

Estos arduos aunque breves intentos misionales, significaron también los primeros pasos hacia la aculturación de los gentiles. Suponemos que más que los incomprensibles mensajes del Catecismo, los chonos se sentirían atraídos por los elementos materiales de la cultura española. Aventuramos que los utensilios diversos, la ropa de lana y el pan de harina o de papa, trozos de hierro, anzuelos, etc., despertaron la curiosidad de los *guaitecos*, como sucedió con todas las culturas amerindias al entrar en contacto con los europeos. Aún antes de alcanzar a comprender lo que veían, el mundo de donde provenían los misioneros debió dejar alguna huella en ellos, y quizá con el tiempo se formaron una especie de imagen fantástica de Chiloé, desde donde procedían los extraños hombres blancos de raras costumbres. Por eso,

Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay, Vol. II, Madrid: Imprenta de la viuda de Manuel Fernández, 1754-1756.

²⁸ Mateo Esteban, 1614, *DHA*, *Op. cit.*, p. 382.

después que los padres dejaron de frecuentar las Guaitecas con fines misionales, serán los chonos los que intentarán acercarse a Chiloé en busca de aquellos elementos materiales y demás baratijas que los indios chilotes llamaban *marimaris*, que quiere decir «saludos», y que los misioneros llevaban como regalo en sus visitas. Tampoco hay que olvidar que todo el espacio insular hasta el Golfo de Penas y más al sur comenzó a ser regularmente trajinado por expediciones españolas desde la década del '20 del siglo XVII portadoras de préstamos culturales, cuyas ventajas seguramente difundieron con entusiasmo los expedicionarios con el fin de atraer a los gentiles chonos, *buillis*, *calenches* y *taijatafes* de los laberintos australes. Y hasta podríamos asegurar que los indios chilotes que acompañaban las expediciones hicieron lo mismo. Curiosos e impresionables como todos los naturales del Nuevo Mundo, los chonos sintieron la necesidad de asomarse a las tierras de esos españoles que de vez en cuando veían pasar por sus islas navegando en grandes navíos, en goletas y en piraguas. La presencia se una cultura más compleja, aunque haya sido a la distancia, actuaba desarticulando el mundo de la cultura más elemental.

4. PERÍODO DE MALOCAS CHONAS A CHILOÉ: 1630-1700

En la segunda mitad del siglo XVII los chonos tomaron la iniciativa en sus relaciones con la frontera norte. Desde la década del '30 comenzaron a incursionar sobre Chiloé irrumpiendo en las islas más apartadas de la Provincia en busca de botín. El objetivo era robar instrumentos de hierro, ponchos, piraguas, alimentos diversos, ganado ovejuno, etc., pero, sobre todo, raptar mujeres para compensar la desproporción de sexos en que vivían, a causa de la práctica del buceo, que limitaba las expectativas de vida de las hembras. Pero también para hacer algún agravio a los españoles por las vejaciones sufridas con los traslados forzosos.

Era la típica relación fronteriza. Las incursiones eran preferentemente de noche, aprovechando que los indios *veliches* y *payos* chilotes vivían en sus casas a buena distancia unos de otros. Irrumpían sigilosamente, se llevaban cuanto encontraban y destruían lo que no podían acarrear. «Entraban a las islas con todo silencio –dice una referencia de 1710– y mataban a los indios». Se juntaban 10 ó 20 varones en dos o tres embarcaciones y navegaban hasta la primeras islas chilotas para asaltar los ranchos situados en los parajes más solitarios. Primero se apoderaban de las piraguas y luego sin ser sentidos robaban, pero también mataban cuando eran sorprendidos y había resistencia. Eran ágiles y veloces en sus retiradas con sus *dalcas* de largos remos. Las autoridades políticas y militares de Chiloé no siempre se enteraban los ataques, porque los *veliches* o los *payos* afectados regularmente no daban cuenta del hecho. Sólo los misioneros eran informados de tal o cual asalto cuando pasaban a misionar a las islas o cuando el *fiscal* de alguna capilla meridional de la Provincia acudía a Castro a dar cuenta del estado de la feligresía.

En esta etapa los chonos se mostraron crueles y temibles, aunque el jesuita Jerónimo de Pietas los considera menos osados que los indios de otras naciones continentales. Pero se arriesgaban: «vienen –dice Pietas– en piraguas a las islas pobladas de españoles y hacen algunas hostilidades», pero asaltan sólo las islas en las «que saben que hay poca gente...

hacen el daño que pueden y a toda prisa se vuelven»²⁹. Cuando el padre Pietas observó estas prácticas a principios del siglo XVIII, aquellos indios estaban ya menos agresivos. Podemos afirmar, sin embargo, que el chono era el más belicoso y «bronco» de todos los gentiles australes. En el siglo XVII se entretenían operando en dos frentes: uno era contra los indios chilotes del extremo meridional del Archipiélago, y otro era hacia los *huillis*, sus vecinos o fronterizos de más al sur. A estos últimos maloqueaban continuamente «y se sirven de ellos –dice el padre Venegas– y aún los venden o dan en don a otros»³⁰. Eran ladrones, piratas y crueles. Sin embargo, conocemos muy poco de las operaciones bélicas contra los *huillis*, aunque también sabemos que hubo períodos de convivencia pacífica que quizá hayan sido las normales. Las acciones contra los chilotes eran de tarde en tarde, pero mucho más atractivas, pudiendo incursionar sin oposición alguna contra el borde meridional de Chiloé, aprovechando la indefensión en que estaba todo aquel sector insular de la Provincia, y porque las represalias españolas, además de no ser frecuentes, no eran tan efectivas hacia las Guaitecas y Chonos por los muchos recovecos de sus parajes e islas, y por la continua movilidad de los naturales. Con todo, a pesar de incursionar sólo a las islas más distantes del corazón de Chiloé, causaban comprensibles sobresaltos en la Provincia durante buena parte del siglo XVII. El nombre chono llegó a ser sinónimo de «corsante», porque sus *razzias* recordaban los ataques corsarios; o «aves de rapiña», porque no dejaban casa o choza sin robar; o «alzados», porque habiendo dado reiteradas muestras de fidelidad al rey ante los misioneros y capitanes españoles que expedicionaban a sus islas, actuaban como rebeldes.

A pesar de la opinión de Pietas, los chonos eran los más atrevidos y osados entre todos los gentiles fronterizos. Eran, en verdad, los únicos capaces de ingresar en plan bélico en el *limes* chilote. Los *juncos* de los Llanos de Osorno, los *poyas* y *puelches* de Nahuelhuapi, todos ellos mejor dotados desde el punto de vista guerrero, nunca pudieron hacer lo mismo, excepto los *juncos* que llegaron a hostilizar con extraordinaria agresividad durante un tiempo los fuertes de San Miguel de Calbuco y San Antonio de la Ribera de Carelmapu. Unos y otros de estos fronterizos continentales miraban con odio a los españoles y a los indios *reyunos* de Calbuco y Abtao por las periódicas *malocas* que sufrían en sus tierras y por la esclavitud a que eran sometidos. Por eso, para los indios continentales fronterizos, la presencia de los españoles en Chiloé fue durante todo el período colonial una cuña metida en las inmediaciones de sus tierras que ponía en permanente peligro su libertad. De ahí los esfuerzos *juncos* por expulsarlos y los *puelches* por rebelarse, como en efecto lo hicieron estos últimos en 1717 acabando con la misión de Nahuelhuapi y cerrando definitivamente el camino de Vuriloche, única vía que tenían los españoles de Chiloé para comunicarse por tierra con Chile. A muy distinta razón obedece la osadía chona. La presencia española era un atractivo para ellos en la segunda mitad del siglo XVII, pues representaba una fuente de «riquezas» que despertaba sus apetitos. Allí el botín se podía coger con facilidad y poco riesgo. Chiloé fue su imán

29 Horacio Zapater, *Op. cit.*, p. 91.

30 Melchor Venegas, 1614, *DHA, Op. cit.*, p. 112. Véanse otros aspectos en John Cooper, «Fuegian and chonoan tribal relations», en *XLIX Congreso Internacional de Americanistas*, Washington, 1917, pp. 445-453. Del mismo autor, «Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory», en *Bureau of American Ethnology*, Bull. 63, Washington, 1917.

y los chonos siguieron el mismo comportamiento que otros pueblos del Viejo Mundo, irresistiblemente atraídos por las culturas sedentarias y materialmente más desarrolladas.

Las expediciones españolas a las Guaitecas y Chonos, pero también al archipiélago Guayaneco incluían a castigar a los chonos y otras etnias tomándolos prisioneros y conduciéndolos a Chiloé. La tarea no era sencilla, por la dificultad de dar con ellos, pero cada expedición lograba regresar con unos cuantos gentiles que, aunque no prestaban mucha utilidad del punto de vista laboral, interesaba a los religiosos cristianizarlos y desbarbarizarlos. En general, eran considerados crueles y torpes, pero de pronto, encontramos chonos del archipiélago de Guayaneco –o tal vez *caucahues*– que dieron que hablar, como fue el caso de Cristóbal Talquipillán, en 1675. Conocedores del temor que los españoles sentían por los extranjeros, él, su padre y otros indios inventaron la existencia de dos establecimientos ingleses en los parajes australes de Ayauta y Cayanac. El relato lo hicieron con tantos detalles y coherencia que la historia fue creída en Chiloé, Chile y Lima, hasta donde fue conducido Talquipillán, y el virrey del Perú se vio obligado a preparar una expedición de reconocimiento compuesta de 12 bajeles de guerra para expulsar a los presuntos ingleses sobre la base de un mapa dibujado por el propio Talquipillán. La inteligencia del chono –se decía– era desusada para un bárbaro. Su invención causó consternación hasta en la propia Corte³¹. Entre otras cosas, el caso demuestra el punto que alcanzaba la comprensión que los canoeros australes tenían del mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVII, producto de sus contactos con los españoles de Chiloé.

5. PERÍODO DE RESIDENCIA EN CHILOÉ: EVANGELIZACIÓN Y SEDENTARIZACIÓN EN EL SIGLO XVIII

5.1. *LOS CHONOS ABANDONAN SUS ISLAS Y EMIGRAN A CHILOÉ: 1710*

La actitud de los gentiles chonos se prolongó hasta 1710, fecha en que más de un centenar de individuos de esa «nación» se presentó voluntariamente ante el gobernador de Chiloé con el propósito de vivir en paz y entre cristianos. Una decisión como ésta debió haber sido la más trascendental tomada por ese pueblo formado por familias independientes unas de otras y que nunca o casi nunca se veían obligadas a enfrentar en común asuntos que comprometían a toda la comunidad. Se trata de una emigración masiva a Chiloé que se explica por el efecto desintegrador que había causado en ellos la cultura chilota, que a esa altura del siglo se hacía sentir en las islas meridionales.

Los que tomaron la ruta de Chiloé eran 166 individuos de todas las edades y ambos sexos, y en ocho embarcaciones³², quienes «voluntariamente y de paz» se presentaron en el fuerte de Calbuco. «Avisáronme de la centinela de Llaicha –dice el capitán del fuerte de Calbuco, Alejandro Garzón– que venían 8 piraguas las cuales eran de indios chonos que con

31 El virrey del Perú sobre la supuesta población de ingleses en el Estrecho y Chiloé, Lima, 28 de abril de 1675. AGI, Chile, 103. Véase Rodolfo Urbina Burgos, *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1983.

32 Testimonio del capitán Alejandro Garzón, 1710. AGI, Chile, 159.

las familias llegaron al fuerte de Calbuco, donde los recibí con toda la gente en armas, y se han mostrado muy finos en quedarse, haciéndose bautizar el gobernador de ellos llamado Chequepillán, y yo fui el padrino, como también de casamiento. Después de haber llegado vine con ellos a este puerto de Chacao, para que los viese el general...³³, dice refiriéndose al gobernador Lorenzo de Cárcamo, a la sazón interino en el gobierno de la Provincia.

Por entonces, los 166 gentiles deben haber representado cerca del 20% de la población total o al menos buena parte de aquella «nación». Aunque carecemos de cifras, pero tomando en cuenta los que llegaron después, podemos hablar de un trasplante casi total y de su propia iniciativa para acomodarse al interior de una sociedad mayor, quedando, finalmente, alojados en ella en la condición de minoría étnico cultural³⁴. Las razones que movieron a este pueblo a avencindarse en Chiloé y vivir en paz eran, según las autoridades de Chacao, los «grandísimos deseos de cristianizarse» y de «matrimoniar», como lo hizo de inmediato el gobenadorcillo, quien se casó con su compañera, una india natural de Chiloé, «cautiva antes». La llegada pacífica de los gentiles al corazón de la Provincia, hasta donde nunca se habían atrevido a entrar, causó mucha sorpresa porque se trataba de «rebeldes chonos» que «en tiempos pasados han hecho muchas hostilidades». La actitud de estos gentiles dejó gratamente sorprendidos a los misioneros que lo atribuyeron a un especial favor de Dios, porque de otra manera no se explicaban que «tan feroces indios, con tanta lentitud se inclinen a venir» después de «haber tenido los dichos indios chonos continuas guerras con los de Chiloé»³⁵.

El gobernador Lorenzo de Cárcamo los recibió con agasajos y muestras de complacencia para alentarlos a permanecer, con la esperanza de que hicieran lo mismo los demás que quedaron en sus islas. La noticia fue recibida con sumo agrado en la Corte, desde donde se dispuso se hiciesen todos los esfuerzos para atraer más gentiles, autorizando al gobierno de Chile para concederles tierras, dejarlos libres de encomienda y todo trabajo, ponerlos bajo el amparo de los misioneros y protegerlos de los agravios³⁶.

Lorenzo de Cárcamo decidió asignarles la isla Guar, que era de propiedad del cura capellán de Calbuco, don Juan de Uribe, quien hizo cesión de dicha isla, a la sazón despoblada, para la precisa residencia de los chonos. Se le quiso llamar San Andrés de Guar, posiblemente en homenaje al entonces presidente de Chile don Andrés de Ustáriz, pero finalmente el capitán Garzón prefirió que llevara el nombre del rey Felipe³⁷. Tal como esperaban las autoridades políticas y religiosas, casi todo el resto de la población chona de esas islas sureñas llegó a Chiloé tras el primer contingente, tanto que a principios del siglo siguiente se informaba que no quedaba un solo chono en el archipiélago homónimo ni en las Guaitecas.

33 Idem.

34 Informe del capellán José Imoff sobre las misiones de Chiloé, Concepción, 14 de diciembre de 1717. AGI, Chile, 153.

35 Idem.

36 Resumen que hace el fiscal del Consejo de Indias de varias cartas relativas a la llegada de los chonos a Chiloé. Madrid, 1º de diciembre de 1712. AGI, Chile, 159.

37 El presidente de Chile Andrés de Ustáriz al rey, Santiago, 2 de octubre de 1710. AGI, Chile, 159.

La condición jurídica de estos indios fue distinta respecto de los demás naturales de Chiloé. Quedaron libres de encomienda y tributación por su condición de neófitos, exenciones que la Corona contemplaba para los gentiles que abrazasen la fe cristiana, con el propósito de estimularlos a permanecer entre los fieles³⁸. Desde entonces la isla de Guar se constituyó en misión —«misión de Chonos»— dependiente del colegio de Castro, y a cargo de los religiosos jesuitas, cuyo decreto de misión formal se despachó el 20 de marzo de 1717 con el nombre de San Felipe Guar³⁹.

5.2. DE GUAR A CAYLIN: 1717-1800

Aunque la «misión de Guar» fue formalmente establecida en 1717 y se asignó sínodo para los dos misioneros que debían atender a las nuevas almas, los chonos, que en los años '20 habían aumentado a 200 familias con más de 600 personas, ya andaban nuevamente errantes. Excepto cuatro familias que permanecieron en Guar, los demás la abandonaron y se dispersaron por el Mar Interior. No está de más decir que en todo el proceso evangelizador del Nuevo Mundo, la Corona procuraba dos objetivos fundamentales: civilizar a los indígenas y convertirlos al cristianismo. La conversión o «policía del espíritu» no se podía lograr si previamente no se conseguía la sedentarización en pueblos, resguardos o reducciones, único medio que posibilitaba la civilización o «policía del cuerpo», como le llama Borges⁴⁰. Precisamente era eso lo que se quería conseguir reduciéndolos en Guar en un momento en que se seguía teniendo por mejor que los indios aprendiesen a vivir como los españoles, y que cualquier esfuerzo se justificaba con tal de erradicar en los gentiles la barbarie y el paganismo. Lo que los padres no sabían o no querían admitir, era que los hábitos nomádicos y demás usos y costumbres asociados a los desplazamientos no podían desterrarse con la brevedad que suponían.

En realidad, la isla de Guar no era la más a propósito para sedentarizarlos pues estaba en la «ruta de la madera» que frecuentaban españoles, mestizos e indios *reyunos* de Calbuco, de modo que los chonos continuamente sufrían el latrocinio y agravios de esos *tableros* que hacían escala en Guar en sus viajes de ida y regreso a los alerzales de Leteo y Melipulli en la costa continental del Seno de Reloncaví. Por otra parte los mismos misioneros reconocían que la isla era demasiado áspera y montuosa y, aunque esto último no era tomado en cuenta por los chonos, que seguían viviendo del mar, los religiosos lo consideraban un serio inconveniente en sus esfuerzos por enseñarles la agricultura.

Las primeras experiencias en Guar hicieron comprender a los chonos que debían vivir alejados de los españoles y tomaron una actitud contraria a la interacción, optando por la

38 Véase Carlos Olguín, «La condición jurídica del indígena de Chiloé en el Derecho Indiano», en *Revista Chilena de Historia del Derecho*, N° 7, Facultad de Derecho, Universidad de Chile, Santiago, 1941.

39 Sobre esta misión existe un breve trabajo de José Mansilla Almonacid con el título *La misión jesuita de los indios chonos de San Felipe de Guar*, Puerto Montt: Editorial Aurora, 1991.

40 Pedro Borges, *Los métodos misionales en la cristianización de América. Siglo XVI*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Misionología Española, Madrid, 1960. Véase también a Fernando Casanueva, «La evangelización periférica en el Reino de Chile (1667-1796)», en *Nueva Historia*, Año 2, n° 5, Londres, 1982, pp. 5-30.

separación residencial y el aislamiento. Pero aprovecharon las ventajas que les ofrecía el Mar Interior de Chiloé, acomodándose en distintos parajes e islas desiertas apartadas del tráfico. Desde que abandonaron Guar ya no formaban un grupo compacto y unido. Tal como en las Guaitecas, algunas familias andaban vagando por aquí y otras por allá, desprendidas del grupo mayor, actitud que hay que tomar en cuenta a la hora de estudiar el proceso de aculturación que experimentaron en la segunda mitad del siglo XVIII.

Un número importante se acimentó en Quiapu, en las cercanías de Quinchao, y allí permaneció mas o menos estable hasta los años treinta del siglo XVIII. Los chonos se movían y tras ellos iban los padres. La residencia que los jesuitas tenían en la misión de Guar se trasladó entonces a la punta de Chequián, extremo sur de la isla de Quinchao, en las proximidades de Quiapu, con el fin de atender a los movedizos indios. Pero hacia 1741 ya no quedaban chonos allí, pues algunos habían regresado a Guar, otros se hallaban establecidos en Calbuco, y un número impreciso andaba en continuo movimiento a la caza de lobos y ballenas en la boca del Canal de Chacao y en la de Guafo, cerca de sus antiguas islas. El obispo auxiliar Pedro de Azúa Iturgoyen, que visitó Castro por esa fecha, sugirió abandonar la residencia de Chequián por ser inútil la presencia de un religioso allí, y celebró Junta de Misiones para resolver, entre otras cosas, la reducción definitiva de los chonos. Entonces se esgrimieron dos alternativas: por una parte el criterio del obispo, que sugería acimentarlos en el puerto de Chacao para tenerlos bajo control de la autoridad político-militar y del misionero que tomaría residencia allí⁴¹, y por otra el criterio de los jesuitas de trasladarlos a la isla de Caylín, por entonces despoblada y solicitada para este mismo fin⁴². Nada se concretó por el momento.

A mediados de siglo los chonos seguían vagando de un punto a otro, y las opiniones que de ellos tenían las autoridades de Chiloé no podían ser peores precisamente por su itinerancia, que impedía todo esfuerzo civilizador y evangelizador. Se les consideraba huraños, desconfiados, hostiles e irreductibles a una vida ordenada. La labor misional se había frustrado o estaba dando muy pocos frutos a causa del vagabundaje. Los padres se veían obligados a andar con la cruz en la mano navegando tras los indios, sin lograr otra cosa que el interés de los chonos por los regalos. Todavía en los años setenta se les veía como «sediciosos, incapaces de sociedad e inconstantes», según el gobernador Carlos de Beranger en 1773⁴³. Rehusaban o no sabían adaptarse al sistema de vida de los chilotes, a pesar de que cuando Beranger escribe un buen número de ellos estaba ya concentrado en Caylín –isla que compartían con otras naciones de neófitos australes– además de Chaulinec y Apiao, reservadas también para ellos⁴⁴.

41 En Chacao residía, sólo en verano, el procurador del colegio de Castro, para atender los negocios de la compañía y recibir el sínodo. No era, por lo tanto, residencia como se proponía ahora para la atención de los chonos.

42 El procurador de la Compañía de Jesús había solicitado «que la misión de los chonos fundada en la isla de Guar... se le concediese poderla mudar a la isla de Caylín, haciéndose donación de ella a su religión, como se había hecho en la dicha de Guar...». Del procurador Ignacio de Arcaya al rey sobre misiones y sínodos, S/f. AGI, Chile, 153.

43 Carlos Beranger, «Relación geográfica de la isla de Chiloé y su archipiélago», 15 de febrero de 1773, BN, MM, T. 259, fjs. 21-22.

44 Los misioneros distinguían unas 5 ó 6 naciones de indios que se localizaban a lo largo del laberinto de islas hasta el Estrecho. Sin embargo, eran distinciones más aparentes que reales. Véase una opinión en Francisco Mena Larraín, «Presencia indígena en el litoral de Aysén», en *Trapananda*, n° 5, Coyhaique, 1985.

Su postrera residencia en las tres islas citadas se logró gracias al esfuerzo jesuita y al traslado de los *caucahues* desde el archipiélago Guayaneco a la isla de Caylín, que comenzó a verificarse en 1743, y establecida como misión —«misión de Caylín»— en 1764. Aunque ambos pueblos eran de distinta lengua, estaban emparentados por sus hábitos de vida y por su idéntica condición de neófitos y exentos de encomienda y tributo bajo la administración misionera. La convivencia —no exenta de rencillas— y la mejor disposición de los *caucahues* (que comprendía también a *huillis*, *taijatafes* y *calenches*) por aprender a vivir como los chilotes, ayudaron a los chonos a su definitiva sedentarización a fines de siglo.

Aunque se trataba de una vida sedentaria sólo estacional, permitió algunos progresos en su civilización, especialmente hacia 1760 año en que, con algún exceso de entusiasmo, lo ponderaban los jesuitas. El mantenerlos congregados era, por entonces, una tarea que demandaba gran esfuerzo, mucho más porque las visitas de los misioneros a Caylín eran esporádicas a causa de los peligros de la navegación por la difícil «costa de los payos» y los riesgos que representaba la «barrera de Chaiguao». Los operarios de la misión de Caylín pusieron su residencia en la villa de Santa María de Achao y mantuvieron relaciones con los chonos a través de los *fiscales*. Las visitas a la misión se redujeron a un par de veces al año, ocasiones en las que conducían los regalos acostumbrados que tanto apreciaban los neófitos. Pero la expulsión de los jesuitas en 1767, y el desamparo en que quedó la misión de Caylín, fue causa de que los indios abandonaran la isla y se dispersaran por las Guaitecas, sin interés alguno por retornar a la misión. Los franciscanos del Colegio San Ildefonso de Chillán, que llegaron a Chiloé en 1769 en reemplazo de los jesuitas, lograron reunirlos nuevamente, y luego, en 1771, los franciscanos del colegio de Santa Rosa de Ocopa, que relevaron, a su vez, a los de Chillán, restablecieron la misión de Caylín y aún incrementaron el número de neófitos, aunque no de chonos, sino de *caucahues*⁴⁵.

De todas las «naciones» que formaban la misión de Caylín que, como hemos dicho, incluía también las islas Chaulinec y Apiao, eran los *caucahues* —o *caucaes*— los que parecían mejor dispuestos a civilizarse y convertirse⁴⁶. Todos los informes ponderan los progresos y sus positivas actitudes hacia los misioneros, un contraste muy notorio con algunos chonos que todavía andaban errantes o en proceso de sedentarización, unos en Guar, otros en Calbuco, así como en las inmediaciones de Achao y otras islas del Archipiélago.

45 Aunque en Caylín convivían chonos y demás indios australes, eran dos misiones distintas desde el punto de vista administrativo: la de *chonos* y la de *caucahues*, cada una con su sínodo y sus misioneros, aunque vivían juntos en Caylín. Otra misión era la de los *payos*, cuya sede estaba en la villa de San Carlos de Chonchi, fundada en 1764. Véase Rodolfo Urbina Burgos, *La periferia meridional*, *Op. cit.*

46 La distinción de etnias se torna confusa a fines de siglo, pues se habla indistintamente de «chonos o caucahues» como sinónimos, especialmente cuando se hace referencia a los habitantes de Caylín. Más distinguibles eran los chonos de Chaulinec, isla que había sido de los de Apiao. En ocasiones se considera un solo pueblo a todos los indios australes trasladados, sólo que distinguiendo parcialidades como los de Guaitecas, los de Chauramapu y los de Alana. Miguel de Ascasubi, «Informe cronológico de las misiones del reino de Chile hasta 1789», en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*, Documentos, París: Imprenta de Maulde y Renou, 1846. Mena Larraín se refiere también a «chonos o caucahues», *Op. cit.*, p. 210. Sobre estas misiones véase Rodolfo Urbina Burgos, *Las misiones franciscanas de Chiloé a fines del siglo XVIII: 1771-1800*, Monografías Históricas N° 4, Viña del Mar: Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, Iártole Editorial, 1990.

6. EL PROCESO DE ACULTURACIÓN

Se puede afirmar que durante casi todo el siglo XVIII los chonos avecindados en Chiloé se mostraron reacios a abandonar sus costumbres nomádicas. Pero fueron algo más flexibles con las demás formas de su cultura. A pesar de los agravios sufridos en Guar, se quedaron en Chiloé porque les resultaba atractivo y ventajoso, tanto que no regresaron a sus islas, que desde entonces estuvieron despobladas. Cuando Carlos de Beranger escribe su *Relación Geográfica* de Chiloé en 1773, dice que los archipiélagos de Guaitecas y Chonos estaban «deshabitados, como las costas de la tierra firme que corre hasta la Punta de Taytauahunuan con el puerto del Pingüe Ana y estero de Diego Gallego»⁴⁷. Pero su condición de minoría étnico-cultural inserta en el seno de otra mayor y más vigorosa, junto al hecho de que hacia 1720 ya no constituían el grupo compacto que eran cuando llegaron, fue haciéndoles perder cohesión hasta verse asimilados por la cultura *veliche*, en un proceso que estaba mostrando algunos frutos a fines del siglo XVIII.

Los esfuerzos por sedentarizarlos en la primera mitad del siglo fueron estériles y muy tenues los progresos en las cosas de la fe mientras estuvieron acimentados en Guar. Sin embargo, comenzaron desde temprano a mostrar algunos indicios de aculturación. Desde luego que la ropa de lana que les llevaban los padres misioneros fue la primera ventaja que adoptaron y con el tiempo hasta aprendieron a tejerlas ellos mismos, quizá más por influencias de mujeres chilotas que por el empeño de los religiosos. Se puede decir que al poco tiempo el aspecto exterior de los chonos no era muy distinto del *veliche* y hasta es posible pensar que lo hicieron por el deseo de mimetizarse con los de Chiloé vistiendo a su manera, para pasar inadvertidos y evitar así las pullas que debían soportar por la curiosidad con que eran mirados por los demás indígenas y españoles⁴⁸. La ropa, sin embargo, jugará a la postre un importante papel en los cambios de hábitos.

El proceso de sedentarización fue muchísimo más lento y sólo alcanzó una relativa estabilidad a fines de la centuria. El primer intento de acostumbrarlos al trabajo de la tierra mientras estuvieron en la isla Guar no dio resultados, pero fue el punto de partida de un lento acercamiento a la agricultura. «Ya les van sabiendo mejor las papas, harina y legumbres de Chiloé –decía el padre Imoff en 1717–, por cuya razón se van haciendo al trabajo, haciendo sus sementerillas con la esperanza de gozarlas»⁴⁹. La incorporación del *gualato* o azadón de madera de los *veliches* debe haber sido un cambio importante en la cultura chona y el cultivo de la papa debió actuar lenta pero sostenidamente en el proceso de sedentarización. Pero más que en Guar, que finalmente fue abandonada, parece que a fines del siglo XVIII habían alcanzado algunos progresos en la agricultura y en la crianza de ovejas y cerdos en su nueva

⁴⁷ Carlos Beranger, «Relación geográfica de la Isla de Chiloé», 1773, BN, MM, T. 259, fjs. 15.

⁴⁸ Algunos testimonios sueltos relativos a encomiendas dan cuenta de las burlas de que eran objeto los chonos a causa de su barbarie e ignorancia en las cosas de la agricultura. Véase también Pedro Cunill, «Chile meridional y criollo: su geografía humana en 1700», *Cuadernos Geográficos del Sur*, n° 1, Universidad de Concepción, Instituto de Geografía, Concepción, 1971, pp. 21-63.

⁴⁹ Informe del capellán José Imoff sobre las misiones de Chiloé, Concepción, 14 de diciembre de 1717. AGI, Chile, 153.

residencia de Caylín, porque se sabe que ya tenían sementeras y hasta árboles frutales, según fuentes eclesiásticas, aunque para entonces no podemos distinguir con claridad a chonos de *caucahues*. El método jesuita, y luego franciscano, ponía especial interés en la enseñanza de la agricultura. Pero era un trabajo arduo para un pueblo canoero que se desenvolvía con suma torpeza tierra adentro, sobre todo cuando la agricultura implicaba desmonte, preparación del terreno, el abono con el sistema de lamilla, la siembra y la larga espera de los frutos. Desde su establecimiento en Guar mostraron predilección por la harina y la incorporaron a su dieta en la forma de «ulpada», pero carecemos de testimonios sobre si fueron capaces de cultivar el trigo cuando estaban casi sedentarizados en Caylín y Chaulinec.

Lo primero que intentaron los jesuitas en Guar fue enseñarles a construir sus casas de madera, a la manera de Chiloé, con separación de habitaciones. Al principio se mostraron indiferentes. El escaso interés se explica porque su espíritu movedido les impedía valorar todo aquello que implicara residencia permanente. Por eso, primero tuvo que ser la agricultura y una vez conocida su ventaja mostraron mejor disposición por la residencia fija. Con la enseñanza de los misioneros y la ayuda de los indios chilotes aprendieron a utilizar el hacha para talar y preparar las tablas, logrando construir sus casas, posiblemente muy toscas, en la década del sesenta, según referencias franciscanas. Sin embargo, el jesuita Segismundo Guell aporta una noticia interesante en cuanto que reconoce el papel que desempeñó la mujer *veliche* en el proceso de aculturación. Admite que la sedentarización fue obra de los religiosos, pero «muchísimo más de una india que los redujo a mejor vida»⁵⁰. El aprendizaje de formas de vida más civilizada de los chilotes, aunque a la rústica, se facilitaba con el amor y entrega de los misioneros por sus nuevas plantas. Uno de los religiosos ganó su cariño en tal forma –dice Guell– «que hacía de ellos cuanto quería y los indujo con su industria a una vida más arreglada»⁵¹.

La ropa de lana a la usanza chilota, la agricultura y la vivienda de madera eran, sin duda, grandes logros, al mismo tiempo que un progresivo embarazo para la pervivencia de sus prácticas acuáticas y nomadismo. Pero debemos admitir que hasta fines de siglo, a pesar de estas adquisiciones culturales, eran apenas semi sedentarios. Los chonos persistían, como los demás pueblos australes residentes en Caylín, en practicar la caza de lobos realizando largas excursiones a las proximidades de sus antiguas islas y Boca del Guafo. Las fuentes jesuitas, pero especialmente franciscanas, abundan en detalles sobre esta costumbre y del conocimiento tan arraigado en ellos de la estación o tiempo más a propósito para las «loberías» y del método que usaban para sus «aprovechamientos», lo mismo que la caza de ballenas que solían varar en el «Bajío de Chaiguao». Los neófitos de Caylín –chonos y demás indígenas australes– eran los únicos loberos y balleneros de Chiloé, gracias a la demanda de los «aprovechamientos», llegaron a ser capaces de preparar las pieles, sogas, aceite y barbas de ballena, del todo ajena a las labores de los demás naturales del archipiélago y que luego comercializaban.

50 Segismundo Guell, *Op. cit.*, p. 229.

51 Idem.

Con los productos que obtenían de la faenación de ballenas y lobos aprovecharon las ventajas del trueque, llegando a practicar un cierto comercio a escala local. Abastecían de aceite a la villa de San Carlos para el alumbrado del pueblo y fuerte a fines de siglo, y obtenían a cambio harina y productos diversos de consumo ordinario en la Provincia, aunque también conocieron por esta vía el tabaco y el aguardiente. Acostumbraban a acercarse a Castro para la festividad del apóstol Santiago y aprovechaban de cambiar sus mariscos por los géneros que necesitaban precisamente para cubrirse. El gusto por el conchabo los impulsaba a moverse continuamente. Por eso, a pesar de los progresos alcanzados en la década del '60 seguían combinando la vida sedentaria con el nomadismo. El padre Guell recordaba estando en Italia en 1770, que tales indígenas «aunque están así reducidos, todo el año no hacen otra cosa que navegar por aquellos mares alimentándose, por lo común, de carne de lobo marino y de ballena»⁵², y Carlos de Beranger, que conoció a los chonos desde 1768 hasta los años setenta, los describe como «ambulantes» y «dispersos», sin mostrar estabilidad, porque «su genio voluntario les induce continuamente a la vida andante»⁵³.

Las fuentes nada dicen acerca del mestizaje con mujeres *veliches* y *payos*, excepto alguna alusión aislada, pero debemos suponer que se mezclaron, especialmente a fines de siglo. Sabemos que las relaciones con chilotes ahora eran abiertas, y que a la fiesta religiosa de los neófitos de Caylín asistían *veliches* de distintos pueblos del Archipiélago como cualquier otra festividad de la Provincia. Era notorio en la década del '80 que había una mayor comunicación, integración y sociabilidad entre etnias. Por entonces ya mostraban huellas del mestizaje biológico y cultural, y no pudo ser de otra manera. Los chonos no solamente se mezclaron con las demás «naciones» neófitas de Caylín, sino con los *veliches* chilotes de las islas del Mar Interior. Los progresos que poco a poco fueron alcanzando en la civilización, la aparente falta de prejuicios en las hembras chilotes y la escasez de mujeres chonas, pudo haber sido determinantes en la miscegenación. A mediados de siglo la desproporción de sexos en los chonos era muy notoria. Por entonces la falta de mujeres se atribuía a los hábitos de buceo de la población femenina de todas las edades. El cabildo de Castro decía en 1743 que esa era la razón «que por hoy tiene acabada a la nación de los chonos, los que siendo ya muy pocos, no hallan mujeres con quienes casarse»⁵⁴. Pero la opinión del cabildo se puede entender de dos maneras: una, que los chonos efectivamente estaban en extinción por faltarles las mujeres de su nación; y otra, que faltándoles éstas se estaban acabando porque trasuntaban en mestizos, a causa de la mezcla con indias *veliches*, *payos* y *caucahues*.

Creemos que esta es la interpretación correcta. Y aunque es sólo una hipótesis, está fundada en el sentido común, en el comportamiento general de otros pueblos sin mujeres, y en la inexistencia de prejuicios en las hembras chilotas. Podemos concluir también, que el paulatino reemplazo de la mujer chona por la *veliche* o *payo* fue desterrando poco a poco las prácticas de buceo, haciendo cada vez más esporádica la dieta de carne de lobo y acomodando la vida familiar al estilo general de la Provincia. La mujer siempre ha sido el

52 Idem.

53 Carlos Beranger, *Op. cit.*, fjs. 21.

54 Del cabildo de Castro al gobernador de Chiloé Martínez de Tineo. Castro, 2 de agosto de 1743. AGI, Chile, 102.

principal vehículo de transmisión cultural, de modo que no es difícil imaginar el tránsito de pueblo chono vagabundo a pueblo chilote sedentario por obra de las mujeres *veliches* y *payos*, en cuyas manos estaba la enseñanza de los hijos, e incluso el lento tránsito de las loberías itinerantes a la pesca en corrales como método recolector asociado a la sedentarización.

Por la misma razón la lengua chona fue cayendo en desuso. En realidad, el fuerte poder de absorción de la cultura chilota no pudo ser resistido mucho tiempo por las lenguas australes. Se sabe que en parajes tan distantes como el archipiélago Guayaneco, los naturales entendían el castellano. El inglés náufrago, John Byron, relata que en 1741 un indio chono de aquellos parajes «hablaba español» aunque «con aquel acento salvaje que lo hace casi ininteligible a cualquiera que no lo posea a fondo»⁵⁵. Pero lo importante de este testimonio es que ya se difundía la nueva lengua hacia el meridión. En las reducciones que para ellos se fundaron en Chiloé el proceso fue más rápido y decisivo. Las relaciones con el misionero al interior de la misión de Caylín durante la administración franciscana, por ejemplo, obligaban a aprender el castellano para comprender el mensaje divino, mientras la lengua *veliche* también adquirida era la única posible para relacionarse con los demás indios de la Provincia. Según fuentes jesuitas los neófitos de Caylín se mostraban capaces de aprender la lengua castellana, en especial los *caucahues*, que exhibían mayores progresos, según opinión del padre Nepomuceno Walter en la década del sesenta. Sabemos también que el bilingüismo en una minoría étnica que vive junto a una sociedad mayor termina aniquilando la lengua propia y con ello el olvido de muchas expresiones de su cultura⁵⁶.

La adopción del cristianismo fue quizá el préstamo cultural más decisivo a la postre. La indiferencia o poca perseverancia de los primeros años derivó en devoción religiosa en la segunda mitad del siglo. Informes jesuitas de los años sesenta y testimonios franciscanos posteriores dan cuenta de los adelantos en las cosas de la fe y de la veneración que sentían por la Virgen, que chonos y demás neófitos de Caylín llamaban «Madre». Se incorporaban así al sistema religioso general de Chiloé. La adopción del cristianismo comenzaba a significar un cambio en la concepción de mundo, aunque por entonces sólo era una exterioridad –rituales cristianos– que envolvía una gentilidad todavía esencial.

Pero la cristianización es un proceso lento que tarda siglos, y en su andar va imperceptiblemente mellando y royendo la existencia pagana, poniendo en su lugar el suave yugo de la Iglesia que poco a poco fue desplazando las creencias sobrenaturales vernáculas a un lugar adjetivo, aunque presente. En las misiones de neófitos los padres sabían lo que hacían: ordenaron a los recién convertidos de acuerdo a la organización laical de los pueblos chilotes, es decir, cada comunidad con sus respectivos *fiscales* y *sota-fiscales*, *patrones* y *vicepatrones*, etc., nombrados por los misioneros, así como *alcaldes*, *gobrnadorcillos* y *sargento-mayorcillos* correspondientes a la organización política de los pueblos *veliches* de la Provincia. En fin, el mestizaje biológico y cultural que operó a lo largo del siglo estaba desdibujando al pueblo chono a fines de la centuria, hasta terminar absorbido por el poder del ambiente hispano-veliche en el siglo siguiente.

⁵⁵ Byron, *Op. cit.*, p. 79.

⁵⁶ Véase Benigno Ferrucio, *Op. cit.*, pp. 379-398. También Jorge Ybar Bruce, «Ensayo sobre los indios chonos e interpretación de su toponimia», *Anuario de la Universidad de Chile*, n° 117, Santiago de Chile, 1960, pp. 61-70.

Francisco Mena Larraín dice refiriéndose a los chonos, que en 1795 «sólo 25 familias mantenían su identidad étnica en Chaulinec». El citado investigador subraya además, que con los *payos*, «se asimilaron con rapidez y fuerza», porque con ellos «compartían un profundo parentesco étnico de antes de la influencia mapuche»⁵⁷.

Idéntica absorción experimentaron las demás «naciones» australes trasladadas a Chiloé como los referidos *huillis*, *caucahues*, *calenches* y *taijatafes*, tanto que en el siglo XIX era casi imposible distinguirlos, del mismo modo como fueron absorbidos los *reyunos* de las reducciones de Calbuco y Abtao, de cultura huilliche continental trasladados allí desde los Llanos de Osorno en 1604.

7. CONCLUSIONES

El chono y lo chono, que una vez fueran un pueblo y una cultura, se extinguieron tempranamente, como consecuencia de la intensa aculturación a que se vio expuesto desde que transmigraron a Chiloé a principios del siglo XVIII. Hoy es casi imposible distinguirlos, tanto en lo somático como del punto de vista cultural. De su lengua no quedaron más testimonios que la toponimia de los lugares geográficos que hoy señalan en el mapa el ámbito que otrora fuera su espacio vital. De sus usos y costumbres al parecer no queda nada, aunque debemos admitir que esto último está reclamando un estudio antropológico para ver cuánto de ello puede estar todavía vivo en la cultura chilota como préstamo cultural dejado en *veliches* y *payos* tras su presencia en Chiloé. Sus creencias, mitos y supersticiones aparentemente tampoco se han conservado.

Pero, ¿es posible que de su vida espiritual haya desaparecido todo rastro a tal punto que nada hayan heredado sus descendientes mestizos? Para averiguarlo habría que saber cuál era su visión de mundo original, tarea difícil pero no imposible de abordar a pesar de la carencia casi absoluta de testimonios que pudieran servir de punto de partida. Los etnohistoriadores y antropólogos tienen aquí una tarea digna de emprenderse.

⁵⁷ Francisco Mena Larraín, *Op. cit.*, p. 212.